

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Corrección Barcelona, para 190 ejempl. Fuera, plus 5000. Extranjero plus 6000.
 REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES AGENCIAS Y SUSCRIPCIONES
 Escudillers Blanches, 7 bis, bajos. Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 456.

La Ilustración Artística. -- El Salón de la Moda.

Biblioteca Universal Ilustrada. -- Serie para 1913.

En esta serie se repartirán los CINCO tomos siguientes:

China. -- Dos años en la ciudad prohibida, VIDA INTIMA DE LA EMPERATRIZ TZUHSI, por la princess DES LING, traducida por José Pérez Heróles.

Jocelys, poema en verso de Alfonso Lameterne, traducido en prosa por Juan B. Enxeta, ilustración de Max y Fondévil.

Las creaciones de Schiller, arregladas en forma novelesca por Enrique Massagué, Edición Ilustrada.

Los lusitadas, poema en diez cantos de LOUIS DE CAMOENS, traducido en verso por el maestro Luis Gómez de Topa, ilustrado con láminas existentes en el Gabinete de Estampas de París.

La vida de las abejas, por MAURICIO MAETERLYNCK, traducción española de Pedro Tornamira, Edición Ilustrada.

¡¡Todo por 4 reales semanales!!

Se reparten prospectos y se suscribe en las librerías y centros de suscripción

A BAILAR

Para adquirir una elegante fama de conducirse en el baile y bailar con gracia y naturalidad acudir a la ensenanza Nadal, Ciegos Boqueria, 2, entransó (junto a la calle de la Boqueria.)

DIVERSIONES VARIAS

Gran Café Catalán Gran Café de Santa Mónica, 2 -- Sociedad. CANTO PALOS. -- Todos los días, tarde y noche, grandes bailes. -- Hoy, martes, gran baile con espectáculo con orquesta. -- Servicio remunerado por simpáticos camareros. -- Agencia central PALACIOS.

Crónica diaria.

La Asociación protectora de la Enseñanza catalana ha acordado pedir a todos los Ayuntamientos de Cataluña que, a imitación del de Vilanova, hagan cantar en catalán las horas y el estado del tiempo.

Dicha entidad ha empezado ya a circular comunicaciones.

Pasado mañana, a las once de la misma, tendrá efecto en la oficina del mercado de la Concepción la subasta a la liana de los puestos vacantes que en el mismo existe, de los cuales está expuesta la relación detallada de los mismos en la parte exterior de dicha oficina.

El día 2 de Enero próximo, a las once, tendrá efecto en la oficina del mercado de la Revolución la subasta a la liana para la provisión de un puesto que existe vacante, con sujeción al pliego de condiciones que está de manifiesto en la misma.

Ayer se celebraron en la Diputación las oposiciones a la cátedra de Derecho administrativo español, de la Escuela de funcionarios de Administración local, actuando los señores Pi y Suñer, Pelagri y Serrat, habiendo terminado las oposiciones a cátedras del primer curso de dicha Escuela.

Servicios prestados por los mozos de Escudras:

Los de los molinos del puerto detuvieron a José Carreras Antoni, de 21 años, por hurtar varias piezas de tejido.

Los de Piera han puesto a disposición del alcalde de Masquefa a José Mas Matas por no ir a presentar la liquidación correspondiente, como recaudador de impuestos municipales de aquel Ayuntamiento.

Los de Prats de Lluçanós han denunciado a dos cazadores furtivos.

Por disposición de la sección tercera de la Audiencia provincial ha sido puesto en libertad provisional ayer tarde Pablo Martí, procesado en méritos de la causa por secuestro de niños de que es protagonista su hija, la famosa Enriqueta Martí.

Esta continúa enferma de gravedad.

El presidente de la Diputación, señor Prat de la Riba, recibió ayer las visitas del católico doctor Ferradas, del diputado a Cortes don Pedro Corominas y una numerosa Comisión del Municipio de Piera.

La Junta provincial de Instrucción pública de Barcelona ha publicado la convocatoria para formar las listas de maestros aspirantes a servir interinamente escuelas públicas.

Las instancias, documentadas, se dirijan al gobernador, presidente de dicha Junta.

El próximo jueves, a las cuatro de la tarde, se revacunará en la Diputación a todos los empleados de la misma que no hayan sido revacunados.

Mañana se celebrará una reunión de delegados de todas las entidades políticas de carácter avanzado, convocada por la Juventud Socialista, al objeto de proyectar una manifestación contra la visita del señor Masera al Poder.

La Comisión provincial en su sesión de ayer desechó los siguientes asuntos: informe en el recurso de súplica interpuesto por doña Josefa Caballé contra un acuerdo del Ayuntamiento de Montnegre sobre permiso para construir una cerca.

Idem acerca de la autorización solicitada por la Compañía peninsular de Teléfonos para cruzar con cuatro ramales la vía férrea frente a la estación de Vilafranca.

Idem en el recurso de queja interpuesto por don Tomás Nicolau contra la Alcaldía de Sagú por no haber nombrado a Pedro Cursi guarda particular jurado.

LAS RUINAS DE MI CONVENTO MI CLAUSTRO

Octava edición española ilustrada con gran número de grabados
Se vende en las principales librerías y en esta Administración.

Reman, a al arquitecto del expediente de expropiación de la casa número 18 de la calle de la Tapinería, afectada por la reforma interior de Barcelona.

Informe en el expediente promovido por el Ayuntamiento de Martorell para la expropiación de aguas del torrente La Dea, del término de Grífia, con destino al abastecimiento de la primera población.

Idem, ídem, por don Emili Masanú d'Astech para el registro de la mina de plomo sembrada Lúcia, sita en el término municipal de Barcelona.

En el domicilio social de la Unión Ferroviaria (sección catalana) se reunieron anoche las juntas directivas de las Sociedades de obreros ferroviarios para terminar la organización del mitin que celebrarán esta noche en la Casa del Pueblo al objeto de protestar de las represalias con, según los organizadores del acto, vienen tomando las Compañías contra los obreros que secundaron el último movimiento ferroviario.

Se acordó que en el acto de referencia hablarán los señores Ribalta, Polo y Ripoll en representación de la Unión Ferroviaria y los señores Arinengol, Alonso, Broto y González en la de la sección ferroviaria Barcelona-Norte.

Asimismo se tomó el acuerdo de que el número de oradores pudiera ser, a última hora, aumentado o disminuido, según lo demanden las circunstancias.

Tan pronto esté del todo restablecido don Pedro Corominas se constituirá la Comisión en pleno encargada de modificar los estatutos de la Unió Catalanista.

Solsin moderna.

Nortes, 98'65 papel, Alicante, 92'35 papel; dob's interior, 49.

Institución benéfica.

En Berlín se ha fundado una cocina central encargada de preparar los alimentos destinados a los enfermos. Los que por cualquier causa no pueden tener en sus casas una alimentación conforme al régimen prescrito, acuden a esa cocina, donde se les suminis-

tran los alimentos ordenados, gratuitamente si es pobre, a los precios corrientes si se trata de personas acomodadas. Los alimentos se conservan a la temperatura deseada por medio de platos y vasijas especiales.

La simiente de nabo.

Un grano de simiente de nabo, que tiene a tener próximamente un milímetro de diámetro, después de sembrado, adquiere en pocas meses un tamaño 25,000,000 de veces mayor, sin contar con las muchas hojas que crece.

De experimentos hechos por hombres de

ciencia resulta que la semilla del nabo, en condiciones regulares, cada minuto que pasa aumenta 15 veces de peso, y también se asegura que en el término de un día se aumenta 15,296 veces un primitivo peso.

En qué se utiliza la piel del elefante.

La piel del elefante, como la del cocodrilo de los Estados Unidos y la de los grandes cillos de la África del Sur, sirve para fabricar objetos de lujo y se vende muy cara. Una bolsa de casa de piel de elefante cuesta 200 pesetas; una maleta varía entre 1,500 y 2,000; las petacas y las carteras no valen menos de 300 a 400 pesetas.

De esta piel se fabrican alfombras de gran originalidad. En este caso, la piel, de una especie sin rival, se simplemente cortada, sin otro adorno, que se hace imposible para conservar el color y el aspecto de la piel.

Si no fuera por el precio, no podría dudarse en sustituir el linóleo protector por piel de elefante.

La variación de la estatura.

La talla varía como el peso y nosotros no tenemos jamás en una hora de intervalo el mismo peso ni la misma estatura. Midiéndolos con precisión al saltar del techo y antes de acostarse se observará que disminuyen, por regla general, a medida que avanza el día. Quien es grande a las ocho de la mañana, ya no lo es tanto a las ocho de la noche.

En el Congreso de cirugía de 1881 en Berlín el profesor Martel comunicó el resultado de medidas repetidas que le permitieron deducir lo que ya hemos manifestado: que la estatura varía sensiblemente según las horas del día.

Generalmente seamos perder de tres a cuatro milímetros por día y hay personas que disminuyen ordinariamente de cinco a seis milímetros, para recobrarlos cada mañana.

Existe un individuo gran velocipedista, que mide un metro setenta y dos milímetros por la mañana y que por la tarde, después de haber recorrido en su máquina una centenas de kilómetros, no tiene más que un metro setenta milímetros.

Hay quien afirma que la flojedad de las articulaciones durante el sueño produce un alargamiento general de la talla y que el efecto contrario se produce durante el día.

Países donde no hay cáncer.

Ninguna enfermedad ha causado, de algunos años a esta parte, tantas víctimas como el cáncer, y ninguna ha preocupado tanto a los médicos y hombres de ciencia que se afanan por combatirla.

El doctor Weiff ha observado que el cáncer es mucho más frecuente en los países donde se bebe sidra y cerveza que en los que sólo tienen el vino como bebida ordinaria, y también que se dan más casos de la terrible enfermedad en los países cubiertos de bosques que los estériles o provistos solamente de vegetación herbácea. Una y otra observaciones explican por qué Baviera, el Tírol y el Nordeste de Francia están entre los países más castigados.

En Bernen y en Nueva Guinea el cáncer es completamente desconocido. El doctor Pagel, que ha residido más de diez años en la primera de estas islas, no pudo encontrar en ella ni un solo caso de cáncer. Parece probable que en los países donde las fúebca palúdicas son frecuentes, no existe el cáncer. Hasta

ahora, en efecto, no se le ha observado en la costa occidental de África, ni en las pantanosas regiones de la América Central y de la cuenca del Amazonas, ni tampoco en los Sunderbunds de la India, donde muchas aldeas se encuentran literalmente hundidas en el cieno. Si algún caso de cáncer se ha encontrado en estas regiones, ha sido muy raro y de escasa gravedad.

El ajenojo.

Es una droga mortal cuyo uso prohíbe la higiene de manera por demás categórica. Si sus cualidades aperitivas son problemáticas, no cabe duda de su delirantes acción.

Son por demás numerosas las citas de las personas que han sucumbido por el uso del ajenojo y no son menos escabrosos los ejemplos que se citan de individuos que por usarlo se han visto reducidos a un empueramiento evidente, mucho peor que la misma misma.

Los bebedores de ajenojo principian por sufrir perturbaciones digestivas, distensiones

gaseosas en el estómago, más tarde temblores en los dedos y en las manos, que con su dificultad pueden sostener y manejar los instrumentos manuales de su trabajo.

Por último, la vista se perturba, huye el sueño, la palabra se entorpece, el carácter se agrisa, los ojos se inyectan y los sentimientos morales desaparecen, hasta que en tal estado pasan las víctimas a ser objeto de esultio de los alienistas y moradores de los manicomios.

—En buena hora, aquí se está mejor que fuera—dijo el *Cieco* quitándose la capa y arrojándola en una silla.

Después, mirando a su alrededor, preguntó:

—¿Dónde están las pequotuelas?

—Haciendo compañía a la otra, que no cesa de llorar y de gritar. Hemos debido torcerle el cuello.

Los ojos feroces de aquella pérfida criatura tenían una mirada siniestra. *Cieco* se encogió de hombros.

—Ya sabe que no quiero oír hablar. Estamos interesados en que la muchacha viva.

Sentóse al lado del fuego y calentándose las manos a la llama preguntó:

—*Diavolina* no ha dado señales de vida?

—No—respondió *Rosetta*—, pero yo la compadeció; debe estar más en guardia que nosotros. Las sospechas de Gino recaen sobre ella y será estrechamente vigilada.

—Sí así—exclamó *Cieco*—. Pero no me gusta exponerme a continuos peligros por ella y no obtener a cambio la posesión de su cuerpo... No obstante, ella me había prometido venir aquí cuando se enteró del feliz resultado de nuestra expedición, y han transcurrido tres semanas.

—Eres demasiado exigente.

—Dí más bien que tengo demasiada paciencia.

—No creo que hayas venido únicamente para quejarte de mi hija.

—Sí, esperaba tener algunas noticias de ella. ¡Ah! Cuando pienso en los días que pasó a mi lado siento subirme la sangre a la cabeza. ¡Cuánto daría porque de nuevo fuese mía en absoluto!

Rosetta reía sardáulicamente.

—Es un sueño insensato—exclamó—. Y, permíteme que te lo diga, la culpa es toda tuya. Después del delito que cometiste por causa suya, debiste pretender más; al menos que te hubiese dado parte de sus riquezas.

—No fue el oro lo que me sedujo; yo no quería más premio que a ella.

—Sí, pero la dejaste escapar...

—No me hable más de eso o me enfadaré seriamente; usted no me conoce ni me comprende aún.

Su rostro contraído, sus ojos inflamados, descubrían tan claramente su rabia y su dolor, que *Rosetta* comprendió que no era cosa de irritarlo más.

Y, cambiando diestramente de conversación,

—¿Quieres ver la niña?—preguntó.

—Vamos.

Rosetta cogió una luz y precedió al joven a la cocina. Allí la vieja arrastró una caja llena hasta la mitad de carbón, dejando al descubierto en el suelo una trampa que, levantada, dió acceso a una escalinata. Por ésta descendió a un cuartucho angosto que tomaba luz y aire por un ventanillo defendido por una espesa tela metálica, cubierta de polvo y de telarañas.

En aquella triste estancia había ya varias semanas que estaba encerrada la pequeña *Bice*.

La pobre niña no habría sabido explicar le cómo se encontraba en aquel lugar.

Se acordaba confusamente de aquella noche en que Nerta la había conducido lejos de la casa incendiada.

Bice se apretaba contra el pecho de su mamá tiritando de frío. De vez en cuando preguntaba:

—¿A dónde vamos?

Y Nerta la abuela respondiendo:

—Estate tranquila. Bice; busco una cabana donde nos guardaremos; pero como la noche es tan oscura y los caminos están tan malos, me oriento con dificultad.

—Volvamos al lado de mamá Malotta—le dijo Bice.

—Quizás tengas razón; he hecho mal en alejarme.

De repente Nerta se detuvo y la pequeña oyó que decía:

—¿Eh usted Stefano?

—Ero una voz que no conocía respondió:

—Sí; déme la niña.

—No, no es Stefano... déjenme... ¡Auxíliot...!

Y Nerta se puso a correr con ellas en brazos. Después Bice se sintió arrojada al suelo y aplastada por el peso de un cuerpo.

—Aprisa, que aunque el golpe haya sido bien dirigido no debe estar muerta...—oyó la niña que decían a tiempo que se sentía levantada del suelo y entro los brazos de un hombre.

—¡Mamá, mamá!—gritó.

Y sintió que la ponían una mano sobre la boca; después no comprendió ya nada.

Y había quedado sorprendida al verla sentada en las rodillas de una mujer vieja y fea, al lado de un hombre que la miraba curiosamente.

—¡Mamá Malotta! ¡Papá Stefano! ¡Nerta!—llamó la pequeña.

—No les verás más; han muerto todos—respondió la vieja.

Bice se puso a gritar desesperadamente, queriendo descender del carruaje; pero entonces fué amenazada.

—Si vuelves a gritar, te destrozo—le dijo bruscamente la vieja.

Después le ofreció de beber, y la muchacha, asustada, aceptó.

Y se durmió para despertarse en aquel estrecho calabozo.

Al hombre no le había vuelto a ver más; pero la vieja comparecía de vez en cuando para atenderla.

Porque Bice no dejaba de llorar, de quejarse, de llamar a todas las personas que habían sido tan buenas para ella, que la habían querido tanto.

¡Y nadie la oía!

La pobre niña en pocos días había cambiado tanto, que costaba trabajo reconocerla. Tenía el rostro demacrado, sus ojos parecían más grandes y su cuerpo estaba tan débil que apenas podía tenerse en pie.

Tenía siempre frío, pero sus carnes quemaban; temblaba continuamente

de miedo en aquella siniestra y tétrica habitación que ningún rayo de sol alegraba.

— Dos o tres veces Bice, acurrucada sobre un mísero jergón, con los sentidos embotados, el cerebro cansado, presa de sueños febriles, había creído ver otras dos niñas de su edad acercarse a ella y mirarla con inmensa tristeza y compasión. Con frecuencia había sido despertada por desagradables gritos de niñas a los cuales sucedían las amenazas de la vieja.

Pero la infeliz muchacha se creía juguete de pesadillas.

— Aquella noche, después de llorar y gritar más que de costumbre, rochazando el alimento, Bice se había dormido.

Acurrucadas al lado de ella estaban Vigía y Bruna, mirándola con los ojos llenos de lágrimas.

— Pero ¿por qué mamá Rosetta se obstina en tenerla aquí? — dijo en voz baja Bruna—. ¿Y quién será la mamá de esta pobrecita?

Vigía apretaba los puños.

— ¡Ah, si yo pudiese salir de aquí, sobria encontrarla! — murmuró—. El corazón me dice que aquel buen caballero que no he visto más debe saberlo.

— Es imposible escapar ahora a la vigilancia de mamá Rosetta — replicó Bruna—. Y debe haber aquí gato encerrado, porque de otro modo no nos habrían traído tan repentinamente a esta casa, obligándonos a no movernos, a permanecer siempre encerradas...

La muchacha se interrumpió. Bice había abierto los ojos y la miraba.

La estancia estaba iluminada por una luz de aceite; pero no había fuego.

— Tengo mucho frío — dijo Bice.

Vigía, con una gracia conmovedora, la envolvió bien la manta mientras la decía:

— ¿Quieres que vaya a pedir un poco de fuego a mamá Rosetta?

Bice abrió desmesuradamente sus grandes ojos celestes.

— ¿Quién es mamá Rosetta? — preguntó.

Vigía bajó la voz.

— Aquella fea vieja que te tiene aquí.

— No, no quiero nada de ella — dijo Bice con expresión de dolor, de espanto —; prefiero morir.

Sus recuerdos despertaban, aumentando sus sufrimientos.

— ¿Quién eres? — preguntó después a Vigía —. ¿También tú quieres hacerme sufrir?

— ¡Oh, no lo pienses! — dijo la interpelada cogiéndola una mano —; yo quisiera poderle hacer bien.

— También yo — agregó Bruna mirando a su hermana.

— ¿Es cierto? — exclamó Bice, cuyos ojos brillaron.

Una dulce sonrisa se dibujó en los labios de Vigía.

— Sí, créelo; también mi hermana y yo somos maltratadas con frecuencia por la vieja que se titula nuestra mamá.

— ¿No lo es?

—No...

—¿También había sido raptada como yo? ¿Tenías también una mamá buena y dulce que os prodigaba besos y caricias?

—Sí... sí...

—Y ¿por qué nos tiene aquí esa vieja? ¿Qué mal hemos hecho?

—Nada—respondió Vigia—; es sólo la mala.

Y con brusco sobresalto agregó, inclinándose más aún al lado de Bice:

—Me parece que mamá Rosetta viene aquí... Finge dormir... que no se aperceba de que nos hemos entendido.

La muchacha asintió con la cabeza y cerró los ojos.

Vigia se retiró con su hermana a un rincón.

—Tengo miedo—murmuró Bruna—; escucha, mamá Rosetta no viene sola.

En efecto, se oían más pasos en la escalerita.

Vigia sonrió tristemente.

—La acompañará el Cieca—murmuró—. ¿Y qué quieres que nos haga?

Trataba de tranquilizar a su hermana; pero dirigió una mirada inquieta a Bice.

Rosetta y el granuja comparecieron. Bruna posó su cabecita sobre el muslo de Vigia.

—Veo que se duerme aquí—dijo Rosetta dando un puntapié a cada una de las dos niñas—. ¡Arriba, marmotes!

Bice, al oírlo, fué presa de un supremo terror y, olvidando la recomendación de Vigia, se incorporó en el jergón gritando:

—¡Que no se vayan! ¡Que no se vayan!

La vieja se puso a reír.

—¿Según parece, desas más su compañía que la nuestra?

—Déjelas aquí—suplicaba Bice.

—Estos son caprichos... basta de jeremiadas.

Y, dirigiéndose a las dos niñas, les indicó con un gesto imperioso la escalera.

Vigia y Bruna subieron en silencio la escalerita y desaparecieron por la abertura de la trampa.

Bice escondió la cabeza bajo la manta, tratando en vano de contener las lágrimas y los sollozos.

Cieca, que se había acercado, arrodillóse al lado del jergón y descubrió el rostro de la niña.

—Vamos, vamos—dijo tocándola cariñosamente la mejilla—, ¿por qué lloras así? ¿Te maltrata alguien? ¿Te falta alguna cosa?

—Quiero volver al lado de mamá Maiotia—bábuco la niña sollozando.

—No estás, pues, bien con nosotros? Sin embargo, si tú fueses buena, tendrías dulces y juguetas.

—No quiero nada; déjeme ir.

—¿Ves cómo es testaruda?—exclamó Rosetta—. Pero si continúa así, la haré saborear el zumo de la escoba.

Cleca no le respondió, no la miraba. Examinaba atentamente a Bice. Y aquel bribón, sin temor ni freno, de ademán rápido y mirada astuta, aparecía como ydo.

—Esta niña tiene fiebre—dijo—. Su carne quemá; sería preciso darla alguna cosa.

—¿Por qué no dices que se llama al médico?—exclamó con ironía Rosetta—. De veras que me haces reír; es lo más natural que se tenga fiebre cuando se grita y se llora todo el día como hace esta raposa. Yo sé el único remedio para esto...

Bice debió notar la emoción del granuja, porque no sollozaba ya y, dirigiéndole una mirada suplicante, dijo:

—Tengo mucha sed.

—¿No lo oye?—exclamó secamente el *Cleca* en tono de reproche, dirigiéndose a la vieja—; tráigale qué beber y no simplemente agua...

Rosetta obedeció de mala gana.

—¿No tienes miedo de mí?—exclamó el *Cleca* mirando atentamente a la muchacha.

—Tú no debes ser tan malo como esa vieja. Pero ¿por qué me habéjs traído aquí?

El granuja estaba embarazado.

—Porque corrías peligro permaneciendo en la casa incendiada; queríamos salvarte.

Bice movía tristemente la cabeza. Se comprendía muy bien que no le creía.

El *Cleca* había retrocedido un poco y permanecía inmóvil contemplándola. Aquella carita pálida, demacrada, de ojos celestes, de frente blanquísimá, le recordaba otro rostro de mujer; el de Plarín.

¡Oh! ¡Si la muchacha hubiese podido imaginar que aquel hombre que parecía tener piedad había sido el cómplice principal en el asesinato de su madre!

Quizás esta desventurada había suplicado al infame que la dejase en vida, no por ella, sino por su hija; quizás en su última hora invocó el nombre de ésta, esperando conmover a su asesino...

Pero detrás de ella, otra que se le parecía en el rostro, pero que tenía un corazón peor que el de la hiena, con una sonrisa provocativa le animaba a no tener piedad.

Y no la había tenido.

El *Cleca* debía recordar todo esto, porque su frente se ensombreció y bajó los ojos ante la mirada profunda de la inocente niña.

Rosetta volvió con una limonada.

—¿Está más quieta?—preguntó la vieja.

—Parece que sí; dátele a mí el vaso.

—¡Ah, canalla! ¡Qué lástima que no tenga algunos años más! ¿Eh?

Estas palabras, acompañadas de una carcajada, hicieron montar en cólera al *Cleca*.

—¡Calla, vieja bruja!—dijo entre dientes.

Y tomando el vaso de las manos de ella, lo entregó a Bico que lo apizó ávidamente.

—¡Ah! ¡Qué bien me sienta!—dijo en voz alta la niña, dirigiendo al granuja una mirada de gratitud, tan profunda, que el Cico, turbado, se alejó del lecho.

—Volvamos arriba—dijo a Rosetta.

La niña lo oyó y pareció inquieta.

—No me dales coña... Tengo miedo... Mucho miedo...—balbuceó—. La noche pasada he visto sombras... Ahí... En la pared...

—Si duermes no verás ni oirás nada—exclamó Rosetta—. Si te parece, te montaremos una guardia.

Bico miraba al Cico con tanta tensión, que éste, como si sintiese la atracción de aquella mirada, se volvió a mirarla.

La niña juntó las manos en ademán suplicante.

—No me dejen—repitió con expresión desesperada—o moriré de miedo. Rosetta se puso a reír.

Cico acercó a Bico:

—Permanece tranquilo—la dijo—; enviaremos aquellos dos niños para que se acuesten a tu lado.

—¡Oh, sí, sí...! Gracias.

Y la pequeñuela se acurrucó en el lecho, aguardando con ansia a sus compañeras de desventura, que no tardaron en comparecer.

—Acórdas de apagar la luz—gritó desde arriba Rosetta—. Dentro de un rato bajaré y si no me habéis obedecido, ¡ay de vosotras!

Se oyó el ruido de la trampa que se cerraba, el ruido del cajón, que era colocado en su lugar y las tres muchachas se encontraron encerradas en aquella habitación triste como una tumba.

Sin embargo, sintieron un momento de ingenua alegría al encontrarse reunidas juntas en el mismo lecho, aunque cubiertas con dificultad.

Bico estaba en medio y tenía un brazo enlazado al cuello de Vigía y el otro al de Brua.

—¡Cuánto os quiero!—dijo con ingenuidad—. Cuando salga de aquí vendréis conmigo.

Vigía estaba pensativa.

—Es preciso buscar el medio para salir—dijo en voz baja suspirando.

—Busquémoslo—agregó con calor Brua.

Se habían incorporado y se tenían cogidas por la mano.

Bico murmuró tímidamente:

—La vieja ha dicho que apagáramos la luz.

—No te preocupes—respondió Vigía—, no volverá; lo dijo para asustarnos y que nos durmiéramos ensogulés. Pero si quieres hablaremos un poco.

—Sí que quiero—respondió Bico con énfasis.

—Antes de venir aquí, ¿conocías tú a mamá Rosetta y al Cico?—exclamó

Vigia fijando en su compañera una larga mirada de mujer, dulce y escruta-
dora al mismo tiempo.

—No... ¡Oh! ¡No!...— respondió en voz baja Bice.

—Y antes de venir aquí, ¿dónde estabas?

La muchacha estuvo un momento pensativa; no encontraba las palabras
precisas para expresarse como habría querido; pero poco a poco, a su ma-
nera, con una ingenuidad encantadora, relató su historia.

En aquella cabecita infantil despertaban los recuerdos de su vida de
niña.

Habló de mamá Mariotta, de papá Stefano, del abuelo Francesco. Se
acordaba de todo; de sus carreras a través de los prados con los perros de
la hacienda, de la campiña verde y risueña, del mar azul surcado por barcas
y vapores.

—¡Qué bien se debe estar allí!— exclamó Bruna, cuyos ojos se habían
encendido por el deseo.

Vigia también estaba conmovida por aquella sencilla narración; pero no
era esto lo que más le importaba.

—¿Y has estado allí siempre, hasta que te raptaron?

Bice, animada por la atención de sus dos compañeras, prosiguió:

—No, no he estado siempre en aquellos lugares.

Y habló de la vida de su papá, al que no había visto hasta entonces. ¡Qué
bueno era! ¡Cómo le quería! ¡Cuántos besos y cuántas caricias la pro-
digaba!

Después relató su vida en Turín y habló con infantil entusiasmo de Nerta y
del comerciante, al que llamó abuelo Celestino.

En este punto del relato Vigia la interrumpió.

—Bruna y yo le conocemos— exclamó— ¿Te acuerdas, Bruna, de aquel
caballero que vino a vernos algunos días antes de que mamá Rosetta nos
trajese aquí?

—¡Oh, sí que lo recuerdo— respondió su hermana—, y tú, Vigia, le pro-
metiste que irías a verlo tan pronto como volviera la vieja!

—¡Si pudieras escaparme!...— suspiró Vigia, que ya había comprendido
que Bice era la niña de que le habló con tanto calor el comerciante, la niña
que llevaba a su mamá, a la cual la bella señora que ella odiaba había hecho
tanto daño.

—Ahora sé quién eres— agregó acariciando a su compañera, que la mi-
raba atónita—; pero continúa, dímelo todo.

Y Bice habló también de Nini, que se titulaba su mamá y era una tier-
mosa señora, pero a ella no le gustaba, le parecía mala.

Después habló de su regreso con Nerta al campo, sin el papá y el abuelo
Celestino, su fin, describió brevemente aquella noche terrible del incendio.

—¡Misericordia!— interrumpió Bruna espantada, mirando a su alrededor
con terror, como si viese lenguas de fuego serpentear sobre las paredes de
la estancia.

Vigia también estaba profundamente agitada; pero por otra razón.

—Debieron ser la vieja y el Ciccio los que incendiaron la casa— exclamó.

—Pero, ¿por qué? Yo no les hecho nada, no les conozco.

—¡Oh! Tampoco ellos sabían que tú existiese; fué aquella señora de que me hablaste la que les dió el encargo de traerte aquí para hacer llorar a tu papá. Y ha sido también ella la que hizo daño a tu mamá.

Bice se puso a sollozar. Brana, que había escuchado ávidamente a su hermana, estrechó los puños con rabia.

—¡Si yo pudiese pegarla!— exclamó—. ¡Y pensar que yo la creía tan buena!

—Si hubiese sido Buena no habría tenido ninguna relación con mamá Rosetta— agregó con dulce gravedad Vigia.

Y, abrazando a su pequeña compañera,

—No llores— replicó—. Verás cómo yo encuentro el medio de escapar.

Entonces se le contó todo al señor Celestino, que vendrá aquí, nos salvará a todas y te llevará con él.

La esperanza embellecía su pálida carita. Bice se enjugó las lágrimas mientras decía:

—¿Es cierto? ¿Tú lo harás?

—¡Sí, sí!

La idea de que pronto estaría en libertad y abrazaría a papá Gino, a Nerta, a Malotta, disipó la triste impresión de Bice.

Y las tres pequeñas, después de cambiarse un afectuoso beso, tapáronse bien y placidamente se durmieron.

Poco después no se oyó en la estancia más que la tranquila respiración de las niñas.

Arriba, mamá Rosetta increpaba al Ciccio, llamándole pusilánimo y vil.

IV.

Gino, después de su conversación con la señora Baravalle, volvió a su domicilio de la vía del Arsenale; pero, en vez de meterse en la cama, sentóse al lado del fuego y con los codos apoyados en las rodillas y el rostro entre las manos se puso silenciosamente a llorar.

Tanta la muerte en el alma. El rapto de su hijo, la idea de los peligros a que ésta se hallaba expuesta, el temor de que Nerta no sobreviviese a la grave herida de la cabeza, el pensamiento de que Nini continuaba triunfando; todo esto descomponía de tal modo su cerebro que creía enloquecer.

Y moviendo maquinalmente la cabeza, como si se negase aun a admitir los hechos consumados, murmuraba:

El matrimonio entre los animales.

Contra lo que vulgarmente se cree, entre los animales existe el respeto a los lazos matrimoniales. La fidelidad conyugal, así como otras muchas virtudes, no son monopolio del hombre.

Los monos antropomorfos son monógamos en alto grado, casi puede asegurarse que durante toda su vida. Los monos de las especies restantes también lo son, aunque durante la menor tiempo, como ocurre con los leónidos.

Los insectívoros, aunque en ocasiones se acercan a la promiscuidad, nunca son polígamos. Los monceremas, como el ornitorinco y el equidna, y los marsupiales también son monógamos. Los labirintodontes y los reptiles no han alcanzado aún este grado de perfección moral.

Los hombres primitivos debieron de ser monógamos; pero sus inclinaciones a promiscuar las fueron conduciendo a la poligamia, tan extendida en muchos países.

Un 90 por 100 de la población animal del mundo es monógama. El cariño conyugal está más desarrollado en las aves que en los mamíferos, excepción hecha de los monos antropomorfos y el hombre; pero los pocos que se salen de la regla común se exceden en una absoluta e inexcusable promiscuidad. Algunas especies de cucos son buen ejemplo de esto.

Las especies más bajas entre los mamíferos son los roedores, que realizan el ideal de algunos reformistas del matrimonio casándose sólo durante una estación y separándose después. Esta época está caracterizada en

ciertas especies por la falta absoluta de amor paterno. Las ratas, los conejos, las ardillas, las comadrejas y otros animales matan a sus propios hijos si los encuentran en una madriguera. Por el contrario, en los monógamos se encuentra un período durante el cual las crías viven bajo la tutela y el cuidado de sus padres. Como muestra pueden citarse los grandes carnívoros: el tigre, el león, el leopardo, el lobo y también la ballena, algunas focas, contados roedores y, desde luego, los monos antropomorfos.

Es curioso observar que los animales salvajes poseen una moralidad de costumbres que las especies domesticadas han perdido al ponerse en contacto con el hombre. El cerdo en estado salvaje es monógamo a machamartillo y escoge una compañera, cuyas relaciones no se interrumpen sino por la muerte del uno o de la otra; mientras que el cerdo doméstico es promiscuo en alto grado. El primero cuida amorosamente de sus hijos y el segundo no se ocupa de ellos para nada. Semblante cambio se ha operado en el perro, suponiendo, como casi parece seguro, que es un lobo domesticado.

Un autor opina que el hombre ha logrado domesticar seis o siete animales, precisamente por haberlos convertido en libertinos. Los que no se asimilan a este género de vida mueren en cautividad.

La hembra del cucillo se une con media docena o más de machos y quizá por esto, que la lleva mucho tiempo, no se ocupa de construir nido para sus crías y pone los huevos en el nido de otras aves.

Eucalipto en vez de hulla.

En los países en que no hay carbón y resulta cara la importación de este combustible no puede resolverse la dificultad empleando madera de eucalipto.

Este árbol produce combustible a razón de 40 toneladas, próximamente, por hectárea y por año en las regiones tropicales. Los gastos de cultivo no pueden ser más reducidos. Mucha sol, mucha lluvia y no hace falta más para que los eucaliptos crezcan. Estas condiciones existen en más de 3,500 hectáreas de la superficie de nuestro globo; aun cuando se dedicase solamente la mitad de esta superficie al cultivo del eucalipto, se tendría cada

año, en madera, un equivalente a 160,000 toneladas de carbón, es decir, doscientas ochenta y ocho veces el consumo que de éste se hace en la actualidad.

Se dirá que, en tal caso, más valiera emprender el cultivo del eucalipto y abandonar la explotación de los yacimientos de hulla. Pero téngase en cuenta que en los países templados, donde no es fácil el cultivo del eucalipto, tiene más ventajas la industria hulla, de modo que en Europa no hay temor de que el descubrimiento acabe con dicha industria.

Oír crecer las plantas.

Desde ahora no podremos reírnos cuando alguien hable de "oír crecer las plantas", gracias a dos inventores alemanes que ya se feyado de ser un imposible.

La invención consiste en un dispositivo en contacto con la planta y provisto en su centro de un indicador que se mueve, de un modo regular y perfectamente perceptible a

simple vista, sobre una escala, denotando así los progresos del crecimiento.

Tanto el disco como el indicador son de metal y si se les pone en comunicación con un martillito eléctrico, la corriente se interrumpe a cada uno de los intersticios del disco y el oído percibe el crecimiento de la planta lo mismo que la vista.

Terapéutica psíquica.

Los médicos árabes emplean algunas veces con gran éxito las emociones morales para curar algunas enfermedades.

Cuéntase que una de las mujeres del califa Harun Al-Rachid padecía un parálisis completa en ambas piernas. Describiéndole al médico de la corte, pidió al califa para poder curar a su mujer que reuniese a todos los nobles de la corte en una sala del palacio. El califa accedió y cuando todos se

hallaban reunidos, el médico introdujo a la señora en el salón, y sin decir una palabra, levantó de repente el velo que la cubría la cara. El sentimiento de vergüenza que, como es sabido, experimentan las mujeres árabes cuando las ven el rostro personas extrañas, fué tan grande y tan fuerte la emoción que experimentó, que instintivamente levantó los brazos para taparse la cara, quedando curada radicalmente.

Un baile que hace enfermar!

Las contorsiones extravagantes del cake-walk no podían menos de ocasionar alguna perturbación en el organismo de los que lo bailan.

Ahora parece, en efecto, que los que se dedican a practicar como profesión el susodicho baile no tardan en caer enfermos con lo que entre los médicos se conoce con el nombre de "catarro de los bailarines".

Los primeros síntomas se manifiestan por

un olor muy fuerte en las narices, seguido de inflamación en la mucosa pituitaria. El enfermo se encuentra después en un estado que recuerda algo al trance y que suele durar bastante tiempo.

Se dice que contra este mal no se ha encontrado todavía un remedio eficaz.

La Charité propone uno muy sencillo. Consiste simplemente en dejar de bailar el cake-walk.

Por qué somos cobardes,

El valor y una buena circulación sanguínea son prácticamente sinónimos. El hombre cuyo corazón no funciona con toda regularidad no podrá ir a la seguridad a combatir con un enemigo oculto, ya sea hombre o fieras.

En caso de peligro o necesidad el hombre valeroso, con un pulso normal de 72 latidos por minuto, cumplirá con su deber fría y tranquilamente; sin que aquél desviada en 15 latidos por minuto.

En cambio, cómo se portará el hombre

cuyo corazón funciona irregularmente y cuyo pulso normal es de 55 latidos por minuto!

La pérdida de 15 latidos por minuto acusa una postración absoluta, en tanto que el corazón se excita fácilmente hasta el extremo de dar 120 latidos por minuto, sin que haya poder humano que pueda contenerlo.

De todos modos es innegable que la circulación de la sangre obra de una manera absoluta y decisiva sobre el valor de los hombres.

La sangujuela como barómetro.

Hace notar un periódico extranjero que la sangujuela puede hacer el oficio de barómetro.

Así, por ejemplo, si una sangujuela permanece inmóvil en el fondo del frasco y se encorva en forma de espiral, indicará que el día será bueno; pero, en cambio, si ha de llevar, la sangujuela se elevará hasta la super-

ficie del agua y allí se estará mientras dure la lluvia.

En caso de viento próximo la sangujuela se agita sin cesar y si se acerca una tempestad huye del agua y se subiere al cristal, pareciendo mani estar inquieto, que se desquita por sus movimientos convulsivos.

Servicio telegráfico y telefónico de nuestros corresponsales Madrid, provincias y extranjero.

Desplome.—Temor de huelga.—Hallazgo de un cadáver.

Madrid, 30 Diciembre.

Valencia.—Se ha desplomado un tabique de un retrete de una casa sita en la calle de Marchalones. Tres niños que jugaban en un corral, donde fueron a parar los escombros, quedaron debajo de éstos, resultando con heridas graves.

Témese que surja la huelga entre los ferroviarios de la Compañía del Central de Aragón por despido de algunos obreros.

Alcañete.—Ha sido encontrado en el mar el cadáver de un tripulante del vapor holandés *Sider Kerl*. Supónese que dicho marinero en estado de embriaguez se abogó

Noticias de Africa.

Genta.—Ha llegado el general A'fa, tributándosele un entusiasta recibimiento. También han llegado en el mismo vapor los doctores Ramón y Cajal y Desceva, los cuales marchan hoy a Tetuán, donde permanecerán dos días.

EXTRANJERO.

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS

Créditos militares.—La Prensa y Kiderlen Waldor.—Capitulación.

Paris, 31 (5'10).

Bucarest.—La Cámara de los diputados ha votado por unanimidad créditos militares por valor de 151.000.000.

Todos los periódicos coinciden en especiar que el golpe de Agadir y el recuerdo penoso de Probes quedarán unidos al nombre de Kiderlen, al que se considerará fiel servidor de su país.

Muchos ciudadanos se felicitan de que Kiderlen, por su energía y sus procedimientos, algunas veces brutales, haya provocado el despertar nacional de Francia.

Le Matin, refiriéndose a noticias recibidas de Belgrado, dice que se cree que Scazzel debe haber capitulado a consecuencia de los rápidos ataques de las tropas serbias.

